



Cada vez que la izquierda escucha palabras como las pronunciadas el domingo 18 en la plaza de Oriente madrileña, se aferra más a Suárez. Arriba, en la tribuna: Raimundo Fernández Cuesta, José Antonio Girón, la marquesa de Villaverde, Pilar Primo de Rivera y un obispo misionario brasileño.

víctima de una situación allendista, y que incluso un Gobierno socialista se encontraría con tal muro de imposibilidades que podría terminar muy mal. Podría decirse que en parte la responsabilidad es del propio Suárez, que no ha podido hacer el traspaso de poderes reales de una minoría ambigua a una mayoría del país. La sospecha de que no solamente no ha podido, sino que no ha querido, es considerablemente grave. Y es probablemente lo que le configura. Hubo un tiempo en que todo era recambiable, todo podía volver a ser como se había imaginado que era. Las razones por las cuales Suárez dejó pasar ese tiempo no están todavía suficientemente explicadas.

SIN embargo, no se ve una conciencia clara de lo que está significando la inamovilidad de Suárez. Entendámonos claramente: no se trata del deseo de que sea removido de su cargo, que desempeña con arreglo a sus premisas, sino de que cada vez se haga más insustituible en ese cargo y se convierta en una encarnación del Gobierno y hasta del Estado, lo cual no le corresponde. Se trata, por la seguridad del país, de que desaparezca su condición de indispensable.

NO es una animosidad contra él. Es lo que parece una necesidad democrática. Los países con una sola salida son países sin ninguna solución. ■

LA RAZON ANTES DE TIEMPO

LoS
CoNteM
poRa
nEoS

A HORA que parece que Galileo va a ser rehabilitado, ya se puede decir que, en realidad, cometió un error. Uno de los errores más graves que se pueden cometer en la vida: el de tener razón antes de tiempo. Cualquier partido, incluyendo uno de los más antiguos del mundo como es la Iglesia, se apresura a purgar a aquellos de sus militantes que tienen razón antes de que se permita tenerla. La Historia del mundo está repleta de casos. Larra, sin ir más lejos, tuvo que suicidarse por haber tenido razón antes de tiempo. Todos los grandes inventores, todos los grandes descubridores, han cometido ese error. Y lo han purgado. Los españoles, frecuentemente, tienen que huir a países donde el tiempo de tener razón ha llegado antes. Como Picasso. En Francia ya se podía tener razón, en su tiempo, al practicar cierta clase de pintura. Ahora se lamenta que Francia reciba su gran herencia de pintura o que el "Guernica" no termine de venir nunca. Hasta se le reprocha haber elegido Francia para vivir y trabajar. Es cierto que Picasso debía haberse quedado siempre en España. Hubiera podido ser un brillante ilustrador de "Blanco y Negro" o un retratista de la aristocracia. Pero si se hubiera empeñado en tener una razón pictórica antes de tiempo y, sobre todo, una mentalidad política, habría sido convenientemente fusilado, o quizá hubiera merecido la gran caricia ibérica del garrote vil. La verdad es que un buen español hubiera preferido uno de esos dos destinos trágicos antes que irse a vivir a Francia. Un amigo católico me contaba que una vez fue a Valencia y se confesó. Comenzó diciendo: "Padre, yo vivo en París...", y el buen sacerdote le interrumpió: "Hijo mío, si en conciencia no puedes evitarlo, ese pecado no es tan grave..."

La experiencia ha demostrado que es mucho mejor no tener razón que tenerla antes de tiempo. No tenerla no es ningún obstáculo para ascender en la vida y para ser apreciado por sus semejantes. Los pueblos antiguos consideraban a los locos como sagrados: identificaban la sinrazón con el misterio, y el misterio con Dios. Los pueblos contemporáneos les elevan con mucha frecuencia a altos puestos del Estado, y se dejan conducir por ellos. Nadie puede pensar, por ejemplo, que el ayatollah Jomeini sea un ejemplo de cordura, sin por ello pensar que el brillo de la inteligencia y la lucidez residen en el rostro y en el interior de Carter. Tener razón tampoco es malo, si uno tiene la prudencia de no proclamarla y, sobre todo, de no querer utilizarla.

Por lo menos, hasta que llegue el tiempo oportuno. Se puede tener razón cuando ya está permitido tenerla. Y está permitido tenerla cuando las personas que la niegan tienen interés en aceptarla. No hay que buscar ejemplos lejanos: imaginemos un ciudadano español que tenía la razón de considerar la democracia como un régimen conveniente antes de que las personas que la prohibían como una locura decidieran abrazarla como una fe. Los tiempos cercanos están llenos de biografías destrazadas por este motivo.

Galileo se equivocó, indudablemente. Tenía razón cuando era estúpido tenerla. Debía haber esperado al Papa Wojtyla. Quizá hubiera muerto antes. Pero se habría ahorrado los sufrimientos indecibles de los últimos ocho años de su vida. ■

POZUELO